

Los símbolos patrios

Con los símbolos patrios no se juega. Constituye una afrenta quemar nuestra bandera y burlarse de nuestros próceres. Nos sentimos íntimamente tocados cuando ello ocurre. Se espera que lo hagan los que tienen alguna animadversión con nuestra nación, con nuestra historia, pero no hay nadie que lo haga frente a un desacuerdo político interno. Eso sería traición. Pero ¿Qué es la traición? Un delito cometido contra un deber público, como la patria para los ciudadanos o la disciplina para los militares. Nuestra bandera es única y representa la identidad que une a los chilenos. Nadie se ríe de ella, minimiza o busca alguna sonrisa barata por una ocurrencia.

Los actos no pensados pueden llevarnos a límites insospechados. Hay muchas cosas que pueden parecer simpáticas, ocurrentes, livianas y triviales, pero hay una necesidad y una exigencia imperiosa en mantener la cordura en nuestros actos y principalmente cuando se tiene una pequeña cuota de poder. ¿Qué se puede esperar entonces para aquellos que tienen todo el poder? Basta ver a Maduro entronizado burlándose de su pueblo.

Trump amenazó a todos con apretar el botón frente a su par norcoreano y nos tuvo en vilo por meses, sólo porque en ese momento era el hombre más poderoso del mundo. Nadie se le puede igualar a pesar de tener todo el dinero de un país.

No somos parte de su ecosistema y no constituimos una colonia suya. Nuestra bandera es tan grande y tiene su propio peso específico. La sangre derramada por nuestra libertad nos exige respeto. Cuando escuchamos “Los viejos estandartes” en la voz de nuestros comandos en la Parada Militar, no importa la posición ideológica, igual nos sobrecogemos. Chile no se ha rendido nunca frente a Estados Unidos, pero si se revisa la historia, Estados Unidos sí se tuvo que rendir una vez ante Chile y eso enorgullece a nuestras fuerzas armadas. (ver Qué Pasa, 20/10/2014, página 9 La caída del imperio chileno).

No es necesario ser comunista para declarar que lo realizado con un lápiz sobre una bandera constituye una afrenta, un desaguisado, una torpeza que solo sacará sonrisas en los esbirros de su ejecutor y que también hará lo suyo en Evo quien espera ansioso el fallo de La Haya para mofarse de esta increíble ocurrencia.